

Todo la noche escucho el llamamiento de la muerte, toda la noche escucho el canto de la muerte junto al río, toda la noche escucho la voz de la muerte que me llama.

Y tantos sueños unidos, tantas posesiones, tantas inmersiones en mis posesiones de pequeña difunta en un jardín de ruinas y de lilas. Junto al río la muerte me llama. Desoladamente desgarrada, en el corazón escucho el canto de la más pura alegría.

Y es verdad que he despertado en el lugar del amor, porque al oír su canto, dije: es el lugar del amor. Y es verdad que he despertado en el lugar del amor, porque con una sonrisa de duelo yo oí su canto, y me dije: es el lugar del amor (pero tembloroso, pero fosforescente).

Y las danzas mecánicas de los muñecos antiguos y las desdichas heredadas y el agua veloz en círculos; por favor, no sientas miedo de decirlo: el agua veloz en círculos fugacísimos, mientras en la orilla el gesto detenido de los brazos detenidos en un llamamiento al abrazo, en la nostalgia más pura, en el río, en la niebla, en el sol debilísimo filtrándose a través de la niebla.

Más desde adentro: el objeto sin nombre que nace y se pulveriza en el lugar en que el silencio pesa como barras de oro y el tiempo es un viento afilado que atraviesa una grieta y es esa su sola declaración. Hablo del lugar en que se hacen los cuerpos poéticos —como una cesta llena de cadáveres de niñas. Y es en ese lugar donde la muerte está sentada; viste un traje muy antiguo y pulsa un arpa en la orilla del río lúgubre; la muerte en un vestido rojo, la bella, la funesta, la espectral, la que toda la noche pulsó un arpa hasta que me adormecí dentro del sueño.

¿Qué hubo en el fondo del río? ¿Qué paisajes se hacían y deshacían detrás del paisaje en cuyo centro había un cuadro donde estaba pintada una bella dama que tañe un laúd y canta junto al río? Detrás, a pocos pasos, veía el escenario de cenizas donde representé mi nacimiento. El nacer, que es un acto lúgubre, me causaba gracia. El humor corroía los bordes reales de mi cuerpo, de modo que pronto fui una figura fosforescente: el iris de un ojo lila tornasolado; una centelleante niña de papel plateado, a medias ahogada dentro de un vaso de vino azul. Sin luz ni guía avanzaba por el camino de las metamorfosis. Un mundo subterráneo de criaturas de formas no acabadas, un lugar de gestación, un vivero de brazos, de troncos, de caras, y las manos de los muñecos, suspendidas como hojas de los fríos árboles filosos, aleaban y resonaban movidas por el viento, y los troncos sin cabeza, vestidos de colores tan alegres, danzaban rondas infantiles junto a un ataúd lleno de cabezas de locos que aullaban como lobos, y mi cabeza, de súbito, parece querer salirse ahora por mi útero como si los cuerpos poéticos forcejearan por irrumpir en la realidad, nacer a ella, y hay alguien en mi garganta, alguien que se estuvo gestando en soledad, y yo, no acabada, ardiente

por nacer, me abro, se me abre, va a venir, voy a venir. El cuerpo poético, el heredado, el no filtrado por el sol de la lúgubre mañana, un grito, una llamada, una llamada, un llamamiento. Sí. Quiero ver el fondo del río, quiero ver si aquello se abre, si irrumpe y florece del lado de aquí, y vendrá o no vendrá, pero siento que está forcejeando, y quizás y tal vez sea solamente la muerte.

La muerte es una palabra.

La palabra es una cosa, la muerte es una cosa, es un cuerpo poético que alienta en el lugar de mi nacimiento.

Nunca de este modo lograrás circundarlo. Habla, pero sobre el escenario de cenizas; habla, pero desde el fondo del río donde está la muerte cantando. Y la muerte es ella, me lo dijo el sueño, me lo dijo la canción de la reina. La muerte de cabellos del color del cuervo, vestida de rojo, blandiendo en sus manos funestas un laúd y huesos de pájaro para golpear en mi tumba, se alejó cantando, y contemplada de atrás parecía una vieja mendiga y los niños le arrojaban piedras.

Cantaba en la mañana de niebla apenas filtrada por el sol, la mañana del nacimiento, y yo caminaría con una antorcha en la mano por todos los desiertos de este mundo, y aun muerta te seguiría buscando, amor mío perdido, y el canto de la muerte se desplegó en el término de una sola mañana, y cantaba y cantaba.

También cantó en la vieja taberna cercana del puerto. Había un payaso adolescente, y yo le dije que en mis poemas la muerte era mi amante y mi amante era la muerte, y él dijo: tus poemas dicen la justa verdad. Yo tenía dieciséis años y no tenía otro remedio que buscar el amor absoluto. Y fue en la taberna del puerto que cantó la canción.

Escribo con los ojos cerrados, escribo con los ojos abiertos: que se desmorone el muro, que se vuelva río el muro.

La muerte azul, la muerte verde, la muerte roja, la muerte lila, en las visiones del nacimiento.

El traje azul y plata fosforescente de la plañidera en la noche medieval de toda muerte mía.

La muerte está cantando junto al río.

Y fue en la taberna del puerto que cantó la canción de la muerte.

Me voy a morir, me dijo, me voy a morir.

**Al alba venid, buen amigo, al alba venid.**

Nos hemos reconocido, nos hemos desaparecido, **amigo el que yo más quería.**

Yo, asistiendo a mi nacimiento. Yo, a mi muerte.

Y yo caminaría por todos los desiertos de este mundo, y aun muerta te seguiría buscando, a ti que fuiste el lugar del amor.



Sylvia de Swaan





Llueve. Con desesperación. Como si fuese una despedida. Tal vez sean lágrimas por nosotros. Hoy debemos morir.

Nuestra historia se remonta al primer paisaje que mirara el río. Nuestra historia de verdes y de pájaros, de flores y serpientes. Y sobre la tierra, nosotros. Como centinelas.

Las mujeres han pedido clemencia por nuestros pequeños.

—¡Son tan tiernos! ¿Qué valdrá sacrificarlos como a los otros? — han dicho.

Pero sus hombres tienen corazón de sangre. No habrá perdón.

Esta es nuestra última noche de vigilia. Sabremos del horror de las mutilaciones, del desesperante ritmo de los golpes crueles.

La memoria es joven y los recuerdos viven. Hubo una primera vez y muchas otras para las catástrofes. Al cabo del tiempo despierta está la ambición del enemigo. Nos controla.

Soy el más viejo. El jefe. Ninguno iguala la arrogancia de mi porte. Moriré primero. Lo sé. Los míos me verán caer. Un agudo clamor lanzarán los pájaros. Yo en silencio.

No sé por qué la fatalidad de estas masacres. Ni siquiera nos odian. Pero siempre la muerte ha llegado con ellos. ¡Y hemos logrado ser amigos de serpientes y de topos! Y de las mariposas.

Otros emigran ante el peligro. Nosotros, no. Penetramos la tierra para quedarnos hasta el fin. Nos han embriagado sus jugos. Somos, con ella. Indisolublemente.

Nos arrojarán al río. Así lo hicieron antes. Hemos visto pasar a otros vencidos. No sé a dónde. Y no puede importarme.

Quizá no existan definitivas muertes. O, al menos, muchos seguirán viviendo; en otra isla, en otro rincón del mundo.

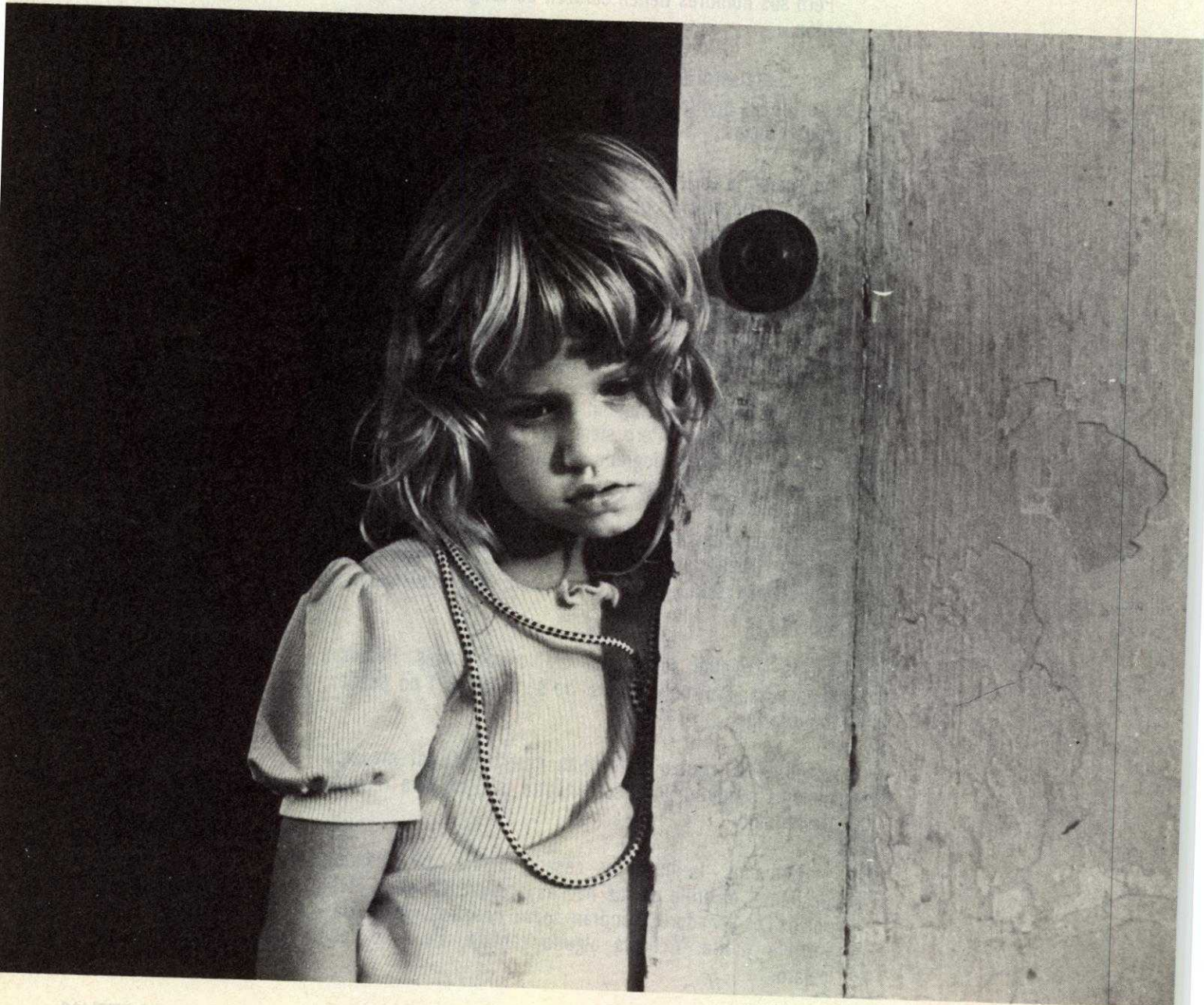
Hermanos: la lluvia ha cesado. Habrá sol. Cuando despunte, el brillo de las hachas ocultará el reflejo del rocío. Los leñadores vendrán sobre nosotros. Con furia terrible y fría. Y hasta alguno cantará. Pero no los pájaros.



Lluvia. Con desesperación como si fuera una despedida. Tal vez sea lo último que nos quedará. Hoy debemos morir.

Nuestra historia se remonta al primer paisaje que vimos al nacer. Nuestra infancia de verdes y de pájaros de colores y aromas. Y sobre la tierra, nosotros. Como animales.

Las mujeres han debido enfrentar por nosotros los pequeños  
—han sido grandes! Que verdad sacándonos como a los otros! — han dicho.  
Por sus hombros hemos crecido de sangre de leche





## HALLAZGOS EN LA NIEVE

Se distrajo la luna en esa hora en que los cielos más  
[impresionables buscan a los niños perdidos.

En las huellas de los lobos se oían lágrimas y corazones  
[recientes.

Un lirio agonizante preguntaba por la inocencia de las  
[palomas.

La llovizna había olvidado el color de la nieve.

Dame un poco de esa agua que depositan los látigos  
[dormidos en las orejas de los perros.

Faltan aún 15 ayes y 12 escalofríos.  
Tienes tiempo de explicarme el origen de las llanuras  
y la pena de los bosques cuando se acuerdan del viento.

Escucha.

Mi muerte es necesaria para que los pinos den aire,  
para que los agricultores no sufran la nostalgia de sus  
[escopetas,  
para que los cristales de tu alcoba se deshielen en un  
[lloro de álamos.

Asesíname.

Hojas de otro hemisferio vendrán algún día a buscarme.

Ved el cuchillo helado para mondar las naranjas,  
el rifle y el puñal para la ira del oso y la fuga del reno.  
Una lata de conservas siempre hace más frío el frío  
[de un esqueleto.

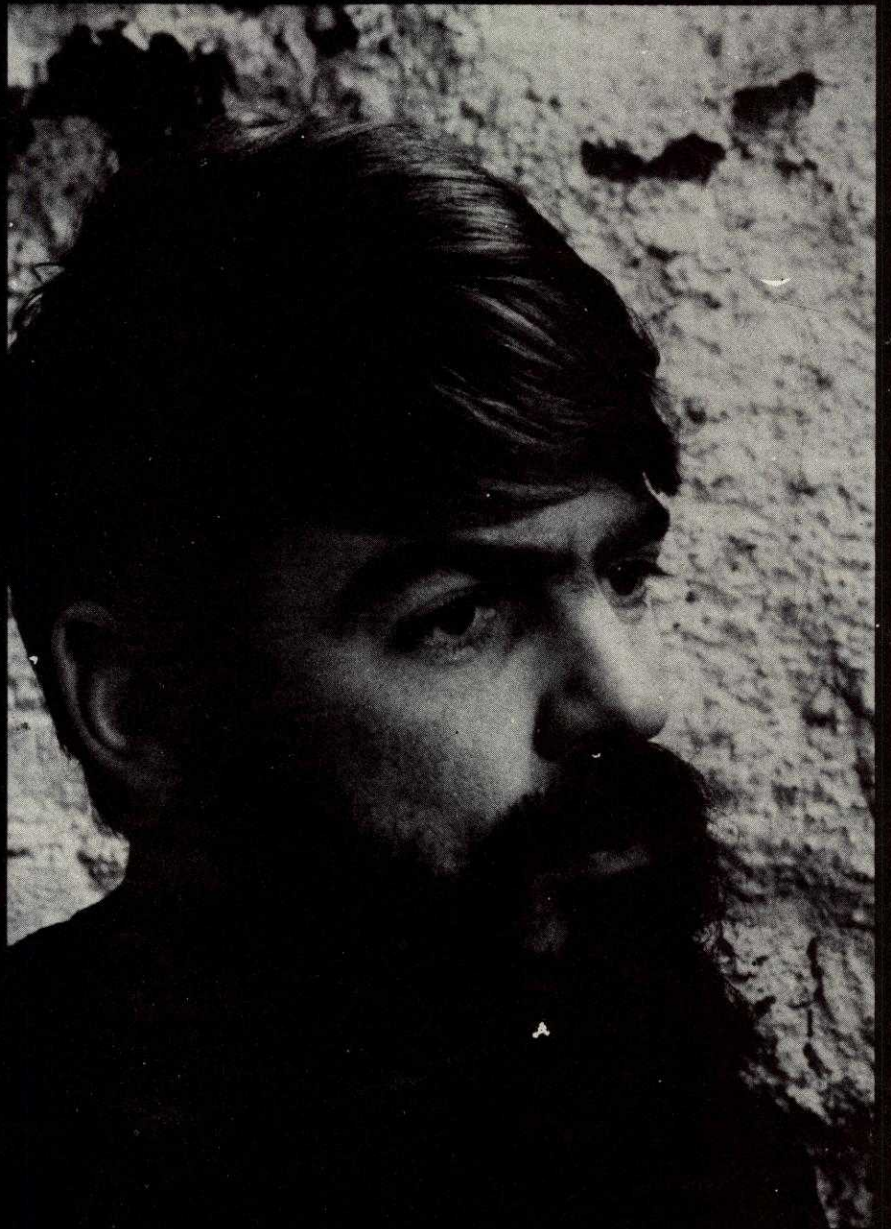
Abandóname.

Ya sólo falta un ay para que me lllore tu patria.

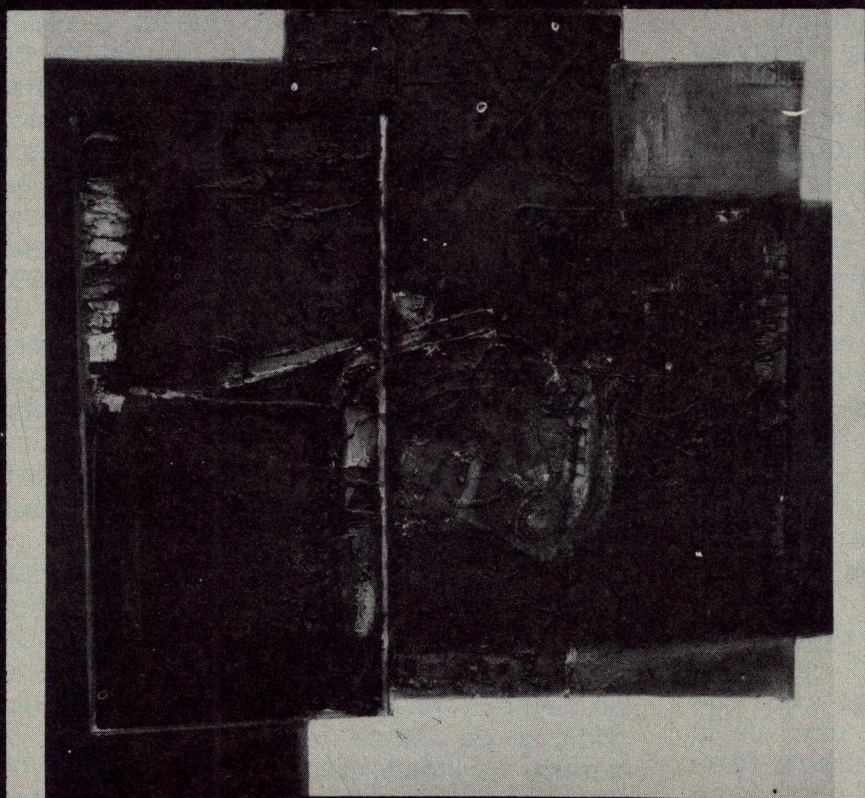
RAFAEL ALBERTI



fernando garcía ponce







SALVADOR ELIZONDO.

NORTE/23